

# EL ATENEO LOROQUINO.

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION. — ATENEO, CALLE DE LA OLLERÍA, NÚM. 2.

SE PUBLICA EL 1.º DE CADA MES.

2.º TRIMESTRE. - LORCA 1.º DE DICIEMBRE DE 1871. - NUM. 5.º

**SUMARIO.** Acta de la sesion extraordinaria del Ateneo en el día 23 del mes anterior. III = Apuntes sobre la música y demás bellas artes en general, por *D. Enrique Perez de Tudela*. La felicidad, poesia, por *D. José Selgas*. I = Cuadros primitivos; la aparicion y la caída del hombre, por *D. Rafael Domínguez*. A Delia, Madrigal, por *D. Arturo Belda*. El egoismo, por *D. Felipe Plá*. Un recuerdo A... poesia, por *D. Enrique Romera*.

## ATENEO DE LORCA.

### ACTA DE LA SESION CELEBRADA

EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE DE 1871.

En la Ciudad de Lorca á veintitres de Noviembre de mil ochocientos setenta y uno, reunida la Sociedad en la sala de conferencias de la misma, y ocupada la presidencia por el Director *D. Julio Mellado*, abrió la sesion exponiendo: que contando este Ateneo como uno de sus más preciados timbres el de llamarse Loroquino, no podia por menos de tributar un recuerdo á nuestras glorias patrias, y solemnizar el aniversario del glorioso día en que nuestra noble Ciudad fué rescatada del poder mahometano por las católicas y victoriosas huestes del entonces infante *D. Alfonso*, conocido despues con el nombre del sabio Rey de Castilla. A cuyo fin, la junta de profesores conforme á lo prevenido por el reglamento, habia acordado tuviese lugar una sesion extraordinaria que conmemorase los heroicos hechos de nuestros antepasados, y las más brillantes paginas de nuestra historia patria.

A continuacion, el Sr. *D. Eulogio Saavedra* leyó una memoria sobre la conquista de nuestra Ciudad, la que exordió ensalzando el sentimiento de amor á la patria, innato en el corazon de todos los hombres, que en vano intentan combatir algunos perturbadores de las modernas sociedades, desinteresado y espiritual, y por lo tanto fuente y origen de acciones heroicas. Citó algunos de los más culminantes ejemplos de la antigüedad; á *Leonidas*, á *Scévola*, á los de *Numancia*, y despues á *Covadonga*, y los españoles que sostuvieron la guerra de siete siglos, que convirtió la historia nacional en una epopeya continuada, y se en-

cabeza con *Pelayo*, y termina con *D. Fernando* y *D.ª Isabel*. De aquí tomó motivo para venir al objeto de su discurso, que era el de describir la conquista de Lorca del poder de los musulmanes, en el siglo XIII, por las huestes castellanas, lamentando la falta de detalles contemporáneos, y proponiéndose compilar en un breve cuadro lo que acerca del asunto nos ha conservado la historia y la tradicion, con lo que la imaginacion pueda añadirle para completarlo, sin apartarse de las reglas de la sana critica, y de la verdad que se exige al que ha de tratar seriamente un asunto histórico.

Despues pasó á ocuparse de los antecedentes de la conquista, reseñando á grandes rasgos las vicisitudes de los árabes y moros de España, desde el castigo de *Guadalete*, y la esperanza de redencion de *Covadonga*: la elevacion de la dinastia de los *Aben-Humeyas*, con el establecimiento del Califato; se hizo cargo de la debilidad que entrañaban las doctrinas del Corán en la sociedad mahometana; así pasaron como relámpago de noche de verano los esplendores de *Córdoba* la bella, el brillo fugaz de sus academias, y las suntuosidades de *Zahara*, que realizaron con las de la corte *Harun-el-Raschid*, y los ensueños de las mil y una noches. El desmembramiento que produjo la interminable serie de rebeliones y guerras civiles que concluyeron con el califato de Occidente, dió motivo á la invasion de *Juzef ben-Farfin* con sus almoravides: vino despues la elevacion de los *Almoades* y las nuevas luchas que á su caída entre los musulimes estallaron, á cuyo frente figuraron *Giornal*, en *Valencia*; *Alhamar*, en *Granada* y *Ben-Hud*, en *Sevilla*. Llamó la atencion sobre la circunstancia providencial de que en aquellos disturbios tan favorables para los cristianos, ocupasen los dos tronos más importantes de España, príncipes de tan encarecidas prendas, como *D. Fernando el Santo* en *Castilla* y *D. Jaime 1.º* de *Aragón*. Explicó la situacion de *Ben-Hud-Aly*, el *Aben-hudiel* de nuestras crónicas, en *Murcia*, y su sumision á la monarquia castellana; la resistencia de *Abdelmelú*, en el waliato de *Lorca*, y de aquí la causa de su expugnacion y conquista por fuerza de armas.

Trazó en seguida las ventajosas circunstancias to-

pográficas de esta Ciudad, y sus antigüedades ibéricas, púnicas y romanas, con una breve relación de sus vicisitudes históricas, hasta la situación en que se hallaba á la llegada del infante D. Alfonso con el ejército sitiador: pasando á describir el asedio y asalto se sujetó á las indicaciones de la historia y las tradiciones recogidas por los escritores que de las cosas de Lorca se han ocupado, que le parecieron dignas de tomarse en cuenta, dando fin al relato histórico con el cuadro descriptivo de fantasía en que la imaginación nos representa el triunfo y alegría de los vencedores, y el abatimiento y desolación de los vencidos.

Encareció los resultados de la conquista y concluyó su discurso recordando el entusiasmo con que nuestros antepasados celebraron por muchos siglos el aniversario de este hecho glorioso, y lamentándose de que en nuestros días se haya empezado á romper la cadena de estas costumbres laudables, y del abandono en que están los monumentos, en cuyas piedras están escritas las hazañas de nuestros antepasados, con una excitación al amor á la patria, ¡Felices los pueblos, dijo al terminar, donde aun arde su fuego inextinguible! No olvidarán su historia, y honrando las memorias ilustres de un pasado feliz, marcharán á las conquistas del porvenir, con el corazón henchido de fe y de confianza en el Dios verdadero, que ilustró á sus padres y que dirige, ensalza y abate á los hombres y á las naciones. Terminando su discurso el Sr. Saavedra recibió los plácemes y aplausos de la concurrencia.

El joven socio D. Cristóbal García de las Bayonas ejecutó al piano una fantasía nocturno titulada — El arpa Eoliana aplaudiéndose al final las excelentes dotes musicales que ostenta á tan corta edad.

El Sr. D. Carlos Barberan Rodrigo leyó una poesía que bajo el título de — Una alborada de Gloria se hacia cargo del glorioso aniversario que se celebraba en esta noche.

D. Miguel Escobar pronunció un discurso en el que comenzando por dar una ligera idea de aquellas acciones, que en sus gloriosas páginas registra la historia, llevadas á cabo por un pueblo en masa; tales como el pueblo judío intentando sacudir el yugo de los Faraones, los pueblos occidentales de Europa, lanzándose á rescatar el Santo Sepulcro del poder mahometano y finalmente los últimos restos del ejército godo, cuando retirados en las montañas asturianas lanzaron el santo grito de libertad é independencia. Hizose cargo de las causas que motivaron la rapidez con que los árabes, á manera de un torrente desbordado, se extendieran por nuestra península, dejando en pos el estrago y la desolación. Comenzó en seguida á exponer la gigantesca empresa de la reconquista, en que una y cien veces demostrara el pueblo español ser el mismo que en otro tiempo rechazara las legiones romanas. Presentó los nombres de Pelayo y Alfonso el Casto, de Sancho II, San Fernando y varios otros de nuestros monarcas, como los más dignos de nuestra admiración y respeto, por cuanto á ellos debemos la reivindicación de nuestra honra nacional, hollada al duro golpe del alfanje sarraceno. Concretándose posteriormente á la conquista de nuestra Lorca, nos hizo ver un ejército de aguerridos campeones, que armados con el insensible escudo del pan eucarístico, y la divina protección, se lanzaron al asalto de la asediada ciudad, coronando el éxito

más completo los esfuerzos de tan santa causa, y al infante castellano, ocupando victorioso la ciudadela de su castillo, en el que más adelante levantara un monumento que eternizara entre nosotros su memoria, y la de tan fausto día. Después nos presentó á Lorca, frontera del agareno, añadiendo nuevos timbres de gloria á su escudo; tales como las victorias de Vera y Zurgena, Alcalá y Mojácar de las que son patentes testimonios los girones de las banderas muslines que, en el alcázar de la Madre de Dios, confiesan la vergüenza y humillación de los adoradores del Corán; y concluyendo su discurso, manifestó que á la toma de esta ciudad se debió en parte el que, algún tiempo después el pensamiento iniciado en Covadonga pudiera haberse realizado en Granada á los esfuerzos varoniles de Isabel I.<sup>a</sup> en un siglo en que Colón legaba al adelanto material un mundo desconocido, y Guttemberg el precioso mecanismo de su invento á las letras y á la civilización, recibiendo el orador al terminar numerosos aplausos.

El Sr. D. Felipe Plá leyó una composición poética *A la Virgen, María bajo la advocación de nuestra Señora de las Huertas la Real*, la que por todos fué aplaudida.

La Sta. D.<sup>a</sup> Ramona Barberan ejecutó brillantemente y con expresión una fantasía para piano sobre motivos de la Sonámbula, arrancando merecidísimos aplausos. A continuación la Sta. D.<sup>a</sup> Patrocinio García de las Bayonas cantó con pasión y muy buen gusto la bella Cavatina de Lucrecia Borgia, la que fué aplaudida con entusiasmo.

D. Carlos M.<sup>a</sup> Barberan leyó un Romance titulado *La Conquista de Lorca*, el que fué interrumpido diferentes veces por las muestras de aprobación de los concurrentes y calorosamente aplaudido á su terminación.

El Sr. D. José Sánchez Ros, pronunció un discurso, en el que después de manifestar el júbilo de que tan justamente se hallaban poseídos los corazones lorquinos al celebrar sus glorias, habló del amor á la patria que, como hijo de las primeras sensaciones que en la niñez se agraban en el corazón, es por consiguiente el más imperecedero de todos los amores; en prueba de ello nos mostró al que tras larga ausencia torna á sus hogares, y al ver en lontananza el templo que representa sus esperanzas en Dios, y todos aquellos objetos que le recuerdan las gratas impresiones de sus primeros años, olvida todos sus sufrimientos desde aquel instante en que contempla el mismo cielo que le cobijara al nacer. De aquí, que el hombre, según decía el orador; acude presuroso siempre que la patria lo llama, dispuesto á sacrificarse por ella á impulsos de su amor; amor que, en su concepto, puede conducir hasta el más grande heroísmo. Manifestó después cuánto debe enorgullecerse todo ciudadano con los timbres de su patria; y por lo mismo llamó dichosos á los hijos de Lorca por la brillante diadema de gloria que ésta ciñe á su frente, é hizose, finalmente, eco del entusiasmo de sus compatriotas, terminando con un caloroso viva á Lorca, que fué contestado con nutridos aplausos. Ultimamente, la Sta. D.<sup>a</sup> Patrocinio García de las Bayonas cantó con suma delicadeza una Romanza de la Marta, siendo justísimamente aplaudida por la concurrencia.

El Sr. Director dió las gracias en nombre de la Sociedad á todos los Señores que habian tomado parte

en la sesión, é hizo público el más sincero testimonio de su agradecimiento y admiración hacia las Señoritas de Barberan y de Bayonas, con lo cual dió el acto por terminado.

## APUNTES SOBRE LA MÚSICA

Y DEMÁS BELLAS ARTES EN GENERAL.

### Observación, Imitación y Originalidad.

#### (1) *Imitación.*

#### III.

El alma, concentrada en sí misma y rica ya en bellezas por medio de la observación y meditación, no ha llenado su fin; esencialmente activa, por fuerza ha de elaborar en su misterioso santuario. No puede abandonarse á la inacción cuando ya es dueña de una verdad, de un bien; no se contenta vanamente con el derecho de propiedad, sino que, como la luz que obra sobre el objeto que toca con sus rayos, ella, incubando la sensación y la idea, la prolifica constantemente en consorcio con la naturaleza ¡engendro de combinaciones místicas é infinitas! pero no nuevo.

Solo Dios puede crear de la nada; el hombre, activando sobre lo existente, puede mejorar los objetos que le rodean, dar formas diversas á las ideas que se despiertan en su alma, es decir, imitar la creación de Dios.

Reproducir la naturaleza idealizada, en todos sus momentos, realizando sus contrastes, explicarla; destilar de ella el sentimiento; humanizarlo con la miel y el néctar de nuestra vida, es lo que yo entiendo por imitar, en su verdadera acepción artística.

El arte que es el lazo que comunica, el vínculo de impulsión y de atracción que une lo conocido á lo desconocido, lo imperfecto á lo más perfeccionado, la tierra á los cielos, la humanidad á Dios, la vida individual que, para desarrollarse, se fija y manifiesta en un lugar y tiempo dado, con la vida universal, síntesis de la suprema belleza; el arte, digo, es siempre imitador, pero él á su vez crea sobre lo ya creado, elevándolo y transformándolo.

La imitación es el principio sobre el cual se desenvuelven las más bellas creaciones. El genio mismo no sabría evadirse á esta ley de imitación, que radica en el fondo de todas las artes; pues éstas no son más que una manifestación del universo material y moral, refundido en el crisol de nuestra inteligencia, coloreado con el pincel caprichoso de nuestra imaginación, y cantado sublimemente con la lira de nuestro corazón. El artista, aprovechándose con fino tacto de todos los recursos que le ofrece su arte respectivo, inventándolos, si le son necesarios, trasmite, así como por doble reflexión todo, ó más bien, parte de lo que las facultades del alma reunidas han concebido y desarrollado.

No es una imitación estereotipada; no es la pálida

fotografía de un paisaje, frío retrato de la naturaleza, lo que se exige en las artes.

Reparad en la frialdad de esos objetos vaciados en moldes naturales, de esos ejemplares, casi copias exactas, que se hallan en los museos de anatomía, y los encontraréis apesar de su perfecta imitación, incomparablemente mucho peores que los modelos de que son sacados. ¿Y sabéis por qué? Porque en esas impresiones no se ve más que la materia modificada por otras formas materiales; reproducciones sensibles de lo simplemente externo, que no tienen la realidad de la naturaleza, ni tampoco la verdad del arte. En esos meros traslados no se ha podido estampar el divino soplo de belleza que Dios ha impreso en su obra: esta belleza, participación estética del ser humano, solo el artista la distingue y la elige entre los variados elementos que el universo le suministra, distribuyéndola en sus obras directamente con su mismo espíritu, sellándola con su inteligencia.

Los objetos en perspectiva que se nos presentan en un panorama son por cierto muy sorprendentes. El alma percibe una sensación agradable, pero no quedan satisfechas sus aspiraciones artísticas. Ve efectos físicos de luz y sombra, pureza en las líneas, relieves en las figuras; pero aquello no es el arte, es solo la ilusión. Porque el arte tiene una realidad, no la realidad de la naturaleza, que nunca alcanzaría, sino la realidad de nuestro espíritu en la naturaleza.

El artista que solo conoce y aprovecha las formas actuales en toda su realidad, sin ninguna modificación, no se coloca en el plan progresivo, vivo del arte, y su obra nace muerta. Si al contrario, imagina formas caprichosas sin conexión con la realidad, todavía es peor: la buena imitación ha de conciliar el mundo externo con nuestro espíritu.

La música, el arte que solo dispone del tiempo fraccionado y de las vibraciones isócronas de los cuerpos; qué tiene, pues, que imitar?

¿Serán los ruidos y sonidos que se escuchan de la naturaleza? ¿El bramido de la tempestad; el indefinible, pero simpático acento que murmuran las aguas al caer ó al deslizarse en corrientes; la aguda entonación del canto de algunas aves; el balido de la oveja; la risa, el llanto, el gemido?

Si esto pudiera hacerse, el arte se empuqueñecería, limitándose á reproducir todo ruido y sonido, tales y como se encuentran en la naturaleza. Por otra parte, no le es tan fácil al músico trasladar, por ejemplo, la melodía del ruiseñor á un instrumento, ni distinguir siquiera un acorde perfecto en el concierto universal. No es este el arte que más propende á contaminarse de realismo.

La escultura, las artes plásticas, en general, pueden robar á la creación las formas más bellas; la pintura combinar sus caprichosos juegos de luz y colores; y aun la palabra con su onomatopeya conseguirá una imitación real. Pero la música; que no tiene que copiar ni colores, ni luz, ni palabras, ni las formas de los cuerpos, ni tampoco una combinación natural de sonidos; solo en el género que se llama imitativo podrá llevar á duras penas á la flauta ó al oboe algunas notas de las aves; á los violines ó á la voz humana el cromático silbido del viento. Y entiéndase que no forman parte de un sistema de armonía, ni completan un acorde, ni frasean una melodía: no son más que meros incidentes de una composición.

(1) Véanse los números 1.º y 2.º de esta Revista.

La imitación, que llevan los sonidos á la música, tiende á mas nobles fines; alcanza á traducir en su lenguaje toda clase de sentimientos: es una imitación que arranca de lo más interno del pensamiento conmovedoras melodías; que canta la poesía íntima de nuestra sensibilidad. Sin intentar realizar ni el canto del cuclillo, ni el susurro de la brisa, ni ningún otro sonido espontáneo puede, no obstante, llevar todas esas palpitaciones de la naturaleza á nuestro corazón y darles otros acentos vibradores; pues todo lo creado tiene la entonación del sentimiento, que la humanidad percibe, que el músico recoge y desenvuelve en sus notas, dotándolo de formas persuasivas, de verdad artística.

Pero los sonidos tienen un movimiento, tienen una sucesión en el tiempo; en él se desarrollan, se combinan, se dilatan y suspenden, y esto es lo que marca y constituye el *ritmo*. El ritmo, con sus variados andamentos, ya vagos ó determinados, ligeros ó pausados, se presta á imitar todo movimiento sensible. Él imprime al compás de una barcarola el balanceo de la navecilla, y aun el batimiento de las olas y el golpeteo de los remos. Cuando vulgarmente se dice que un Wals, por ejemplo, tiene buen compás, (á pesar de que el mismo es el de todos) no se quiere decir otra cosa sino que expresa perfectamente los movimientos constitutivos de ese baile. Podríanse citar otros ejemplos que prueban la importancia del ritmo en la música: se puede decir que es el fondo del cuadro musical. Sin embargo, no le atribuimos, como lo hace Rousseau, toda la facultad expresiva del arte. Es verdad que es el que distribuye de una manera imitativa el valor de los sonidos, confundiéndonos misteriosamente con los movimientos que acompañan á nuestros afectos; con la inquietud y la calma, con la agitación y el desfallecimiento de nuestro espíritu; activa el sentimiento, ondula en el compás las vibraciones de nuestro corazón. Pero, ya lo veis, es solo el regulador del acento que propiamente pertenece al sonido. Pues, bien, este ritmo, este movimiento que expresa alguna manifestación sensible, se contempla también en la naturaleza, en toda actividad, y se imita: pero idealizándolo, formulándolo después en la medida, en la cadencia, en el canto principal y en el acompañamiento, en las voces secundarias y en el fraseo, imprimiéndole á la vez carácter y verdad artística: dado un movimiento, la imaginación lo realiza en el ritmo; así como la sucesión y combinaciones de los sonidos los ha de acentuar el sentimiento.

Tomada la palabra imitación en su sentido más riguroso, indica cierta idea de servilismo que degrada, que debemos rechazar aunque nos propusiéramos por modelos autores eminentes y distinguidos. No obstante, algunos se sirven de estos medios para sus composiciones y quedan contentos si han merecido el parabién de cualquier adulator ó ignorante, ó el incienso de un público indulgente ó extraviado. Este servilismo que llamaremos imitación de imitación, ó copia de un modelo exterior, no se posesiona, sino de la regla, de la estructura común, de los rasgos de escuela, de lo convenido, de los efectos corrientes y vulgares; en una palabra, de todo aquello que parece estar fuera de nuestro alcance; y si el arte señala los movimientos del corazón y la manera de ser y entender del individuo, solo conseguiremos en apariencia engañar á

los demás, y en realidad engañarnos á nosotros mismos, copiando estrictamente las manifestaciones de otros en su forma y expresión. Las producciones buenas deben, sí, ocupar la atención y educar nuestro entendimiento en su parte estética y didáctica; pero no ridiculicemos nuestro afán de imitar hasta el extremo de encerrar nuestro propio criterio en las esferas en que los grandes maestros han realizado sus pensamientos.

Sin embargo, hay casos en que debe sernos permitido hacer nuestras ciertas ideas que vagan en obras de poca importancia, ó bien desconocidas por su especial carácter ó antigüedad; trasladar varios toques que realizándolos en otros lugares pueden ser de sorprendente efecto; revestir de novedad algunos pensamientos, dar virilidad á otros, acudir á una modulación ó á una cadencia que nos resuelven á veces nuestro problema planteado; arrebatarse la buena entonación de un claro oscuro; apropiarse un trozo de armonía para coronarlo con melodías nuevas, ó variar la índole de un miembro ó giro melódico por medio de otra armonización más sentida; cosas son estas que impregnándolas en nuestro propio ser, dotándolas de nuestro estilo, no solo deben ser concedidas aun al genio, sino que tal vez hayamos hecho un bien al arte y dado mérito á inspiraciones que ya nos pertenecen por completo, frescas y rejuvenecidas con el aliento de nuestra alma, y que de otro modo yacerían en el abandono y en el olvido.

Demás estaría manifestar que todo lo dicho ha de entenderse con respecto á los verdaderos artistas, si á esta palabra no se le diera hoy día un uso tan lato que hasta hubiera de ufanarse con ese nombre el remendon que tiene su taller en un portal — y por esto no se crea ofendido el honrado artesano — Prescindimos de este abuso de la palabra. Tampoco queremos entrar á discutir si es igualmente artista el que hace una obra como el que la ejecuta, recita, ó la copia; haremos notar tan solo, que las ideas que venimos exponiendo en esta serie de artículos van encaminadas á los que inventan, á los que crean; no al que copia un cuadro de Velázquez ó modela sobre los mármoles de Miguel Ángel. Refiérome también al artista que como Bernardo de Palisy hace del oficio de amasar y cocer la arcilla un arte donde la naturaleza se trasplanta embellecida en los relieves de sus vasijas; no á los músicos solo ejecutantes, como un pianista, un violinista, ni aun tampoco á los cantantes y actores. El mérito de todos es grande, no lo dudamos, cuando consuman la creación del genio, cuando interpretando bien su obra, saben arrebatarse nuestro espíritu, quizá más lejos de lo que el autor intentara al concebirla. Nuestra admiración es justa, y tan entusiasta, que casi solo ellos son ensalzados, á ellos solos les enviamos nuestros aplausos y nuestras flores. Apesar de todo: ellos no han hecho más que interpretar las obras del verdadero genio.

ENRIQUE PEREZ DE TUDELA.

## LA FELICIDAD.

Sueño que al alma fatiga,  
Luz que ante mí se derrama,  
Voz que impaciente me llama,  
Fuerza que á vivir me obliga,  
Felicidad que me ostiga,  
Que en pos de mí siempre va,  
Que á un mismo tiempo le da  
Luz y sombra á mí deseo:  
Yo en todas partes la veo,  
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada  
La encuentra el alma indecisa,  
En el bien de una sonrisa,  
En la luz de una mirada,  
En toda dicha esperada,  
En la que pasó importuna,  
En la gloria, en la fortuna,  
En lo cierto, en lo imposible . . . .  
En todas partes visible,  
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera,  
Que á los sentidos engaña,  
Que tras de cada montaña  
Parece que nos espera;  
En impetuosa carrera  
El hombre á cogerla vá,  
Llega . . . se fué . . . síguela,  
Piensa asirla á cada instante,  
La nube siempre delante;  
Pero siempre mas allá.

Felicidad, sueño vano  
De un bien que no está en la tierra,  
Ansia, que impaciente encuentra  
Triste el corazón humano;  
Tú eres la luz de un arcano,  
Tú eres sombra celestial,  
Término de todo mal,  
Punto de toda aflicción:  
Eres . . . la revelación  
De mi espíritu inmortal.

J. SELGAS.

## CUADROS PRIMITIVOS.

### LA APARICION Y CAIDA DEL HOMBRE.

#### I.

##### *La aparición.*

La tierra durante los tiempos geológicos sufre grandes trastornos por efecto de los cuales, sepulta dentro de sí misma la mayor parte de los seres vivos;

los mares la cubren varias veces y de sus senos profundos surgen las mas elevadas montañas, cuyas cimas se pierden entre los vapores de las nubes; el sol, siempre velado por una atmósfera densa y pesada, no puede alcanzar con sus lucientes rayos á la superficie de la tierra; la débil corteza que esta ofrece á los animales para que en ella sienten su planta, se estremece sin cesar á impulso de la continua tempestad, que ruga aterradora en lo hondo de sus entrañas; el fuego central en ebullicion perpetua, estrecho en su profunda cárcel, busca una salida y para encontrarla rompe y desgarrá la capa sólida, y arroja á largas distancias torrentes de cuarzo fundido que todo lo abrasa y todo lo confunde; los huracanes dotados de inmensa fuerza como todas las manifestaciones de aquella naturaleza poderosa y jóven, arrancan como ligeras plumas árboles gigantes que llevan por encima de los mares á lejanos continentes; las lluvias torrenciales de las que hoy no podemos formarnos una idea desagregan las rocas y arrastran en su marcha rapidísima las sustancias minerales que depositan en el fondo agitado de dilatadas lagunas que forman el exceso de las aguas. Aquello debió ser el hervir constante de todos los elementos, la lucha horrible en que estos se disputan la supremacia de la tierra, que entretanto giraba como ahora en movimiento sin fin al rededor del mas brillante de los astros. Pero llega después una época en la que todo esto cambia casi por completo: el mar se retira encerrándose dentro de los confines de su ancho espacio; la tierra hace más densa su corteza y solo siente raras veces la fuerte convulsion que le producen las tormentas interiores: el sol rompe las nieblas que se disipan empujadas por un viento que ya no tiene la fuerza aterradora de otros tiempos. A la atmósfera densa de los gases insalubres, ha sucedido la difusidad del aire á través del que se vé un cielo azul siempre riante; á las sacudidas terribles de las erupciones primitivas, las bocas de los volcanes, válvulas de seguridad por donde se escapa en mares de fuego la centocienta lava que se convierte después en la mas fecunda de las tierras vegetales; á las hirvientes lagunas, los quietos lagos en donde el agua adquiere toda su hermosa transparencia. Preso el huracan, los árboles mecidos suavemente lucen ya sin temor el verde brillo de sus anchas hojas; la fresca brisa que viene del mar cercano, templá el rigor del sol y dá vida á las flores que tapizan el suelo y lanzan al ambiente sus perfumes deliciosos. El horror de lo sublime desaparece y la naturaleza se presenta vestida con toda la belleza de sus galas; pero hay todavía un momento en el que adquiere el esplendor completo de su magnífica hermosura, y entonces es cuando despliega la mas encantadora de sus sonrisas. En aquel solemne momento las fieras dejan sus guaridas, y se mezclan dóciles y mansas con el ciervo asustadizo y el tímido cordero, que no huyen de su contacto y ni aun parecen repararlo; los reptiles levantan todo lo alto que pueden sus deformes cabezas; los peces se agrupan en la orilla de la mar y dirigen su vista al interior de la playa; las aves suspenden el vuelo y se mantienen quietas en el aire á corta distancia de la tierra. No se oye el más leve ruido, ni se distingue el más tenue movimiento; hay una especie de éxtasis en toda la naturaleza, que va á ser testigo del más importante suceso de cuantos han ocurrido en el mundo. Por fin,

los ángeles atraviesan el espacio, batiendo sus alas de zafiro y de oro, y este es el anuncio de que se aproxima el instante en que se presente sobre la haz de la tierra el que ha de ser su Rey, según la voluntad Divina: el instante llega, y el hombre aparece. Vedle ya; desciende por la suave pendiente de una alfombra colina; su alta y noble figura bañada por la luz solar presenta un conjunto de gracia y magestad inimitables; en su elevada frente lleva el sello de su poder soberano; los ojos puestos en sitio donde todo lo dominan, tienen una expresión altiva y dulce, y en su profunda mirada brilla el rayo poderoso de la inteligencia. A su aparición, la multitud inmensa de animales, que está como magnetizada, sufre un movimiento ondulatorio, semejante al de las olas de un mar tranquilo; pero se mantiene á larga distancia sin traspasar la línea en que la admiración la tiene presa. Solo el León es el que timidamente se adelanta y lame á su Señor la mano en señal de vasallaje; Adán lo mira un momento, pero no se detiene, y su mirada vuelve á vagar perdida por el horizonte sin límites; hay algo de dulce melancolía en la expresión de su semblante, y los ojos que no han encontrado en la tierra lo que el corazón desea, se fijan en el cielo con todas las señales de una súplica.

Entretanto ha llegado al centro del valle, donde la naturaleza engalanada y rica ofrece por todas partes sitios encantadores, que brindan al reposo y á la dulce vaguedad del pensamiento. Adán se sienta sobre un lecho de blandas hojas y bajo la alta bóveda, que cruzando sus espesas ramas, forman los orgullosos y elegantes cedros; momentos después el sueño lo domina.

A los pocos instantes, las flores se inclinan, doblando sus flexibles tallos, y sale de entre ellas una mujer, que al pasar les ha robado todos sus hechizos: es imposible imaginar belleza tan perfecta: acaba de ser formada por las manos del Divino Artista, y no hay en el mundo ni plumas, ni pincel para pintarlos. Ella no tiene ni el más ligero indicio de su brillante hermosura y esto aumenta el encanto que derrama; sin preocuparse nada de sí misma, su vista se dirige con asombro sobre todo cuanto le rodea, y al distinguir á Adán que duerme y sueña, sus labios de coral dibujan una sonrisa que ofrece al primer hombre mas delicias que todas las que tiene en su dichoso paraíso.

Si Adán cayó, hay que buscar su disculpa en el atractivo irresistible de aquella sonrisa seductora.

Eva, trémula de alegría fija en Adán sus ojos con intensidad profunda; ya no ve mas que á él; pálida de emoción se siente dominada por un arrobamiento embriagador. Adán despierta al dulce calor de aquella mirada penetrante; la luz de sus ojos se cruza con la que despiden los de Eva; instintivamente los dos se aproximan.

—Donde estabas? pregunta Adán: mi corazón te pretendía y te he buscado con ansia por la montaña y por el valle

— Yo dormía en el sueño de la nada, y el aliento Divino que ha formado mi espíritu me acaba de despertar; apenas abrí los ojos te busqué y he tenido la dicha de encontrarte.

— Y yo siento ahora que mi vida se completa: hay más calor en mi sangre, más luz en mi pensamiento, más latidos en mi corazón; tú has sido formada para

mí y me amarás, por que eres parte de mi mismo ser. — Te amo ya con toda la fuerza de mi alma, y este amor que por tí siento es más puro que el rayo de sol que se refleja en tus ojos, más intenso que el aire que mueve tus cabellos, más profundo que el espacio en que se pierden nuestras miradas.

— Así también te amo yo; y juntos gozaremos una felicidad que será eterna como nuestra vida, inmensa como la misericordia de Dios que es el que nos la da, y siempre tranquila porque el temor de perderla nunca la podrá alterar.

— Si, dijo Eva; gozaremos reunidos una dicha que no tendrá fin y un amor que jamás se extinguirá.

Y así diciendo, los brazos enlazados y sonriéndose el uno al otro desaparecieron en las ondulaciones del valle, que el sol abandonaba, celoso sin duda de la envidiable dicha de aquella pareja encantadora.

R. DOMINGUEZ RUIZ GIMENEZ.

A DELIA.

MADRIGAL.

Redes de amor me han tendido  
 Dos niñas de igual belleza,  
 Y ambas la misma destreza  
 Para prenderme han tenido.  
 Yo mi corazón rendido  
 Ofrezco ante ellas de hinojos;  
 Mas no me muestres enojos  
 Ni acalorada me riñas  
 Por que son, Delia, esas niñas, . . . .  
 Las que brillan en tus ojos.

ARTURO BELDA.

EL EGOISMO.

La carrera del hombre en el mundo, está impregnada de un marcadisimo tinte de amor propio.

La humanidad sigue, extraviada, el tortuoso sendero que le va marcando la huella del medro personal.

He aquí por qué el hombre no ha llegado aun á la perfectibilidad posible.

He aquí por que está tan lejos de haber tocado la meta del progreso social.

Recorred paso á paso la historia de la humanidad y hallaréis siempre al egoismo en lucha abierta con los mas bellos sentimientos del hombre.

La desgracia; esa diosa enlutada y macilenta que tan fatídico papel viene haciendo en la historia de las sociedades, no existiría si el egoismo no la alimentara con sus funestas consecuencias.

Las regiones de la filosofía están cerradas á mi inteligencia escasa y poco cultivada.

No es, pues, mi ánimo elevarme hasta ellas porque su vivísima luz me deslumbraría.

Mi objeto es menos pretencioso; se concreta únicamente á hacer notar que el egoismo no es, como pretenden algunos, el único móvil á que la humanidad obedece.

El egoismo puede considerarse como engendrador de todos los vicios, de todas las malas pasiones.

Pero el hombre es superior á él y por consiguiente tiene poder bastante para vencerle, dominarle y reducirle á la impotencia, á la nada. El alma, saliendo de la eternidad, quiere elevarse á Dios en nobles aspiraciones desde la cárcel material en que está aprisionada. Si en la lucha salen vencidas las aspiraciones del espíritu, entonces aquel pone barricadas en el camino que á nuestra misión está confiado andar, y llena de tinieblas el entendimiento.

Cuando, por el contrario, el egoismo es vencido, el hombre se eleva sobre sí mismo y se ve circuido de cierta aureola de divinidad.

De otro modo. La vida se consume en ese deseo constante de satisfacer una necesidad que, cual si no tuviera fondo, nunca se encuentra llena, por mas que el hombre se afane. La vida es el suplicio de Tántalo.

Ese deseo, esa necesidad puede ser, con respecto á los demás hombres, ó el egoismo ó la abnegación, según que las necesidades de los demás hombres se reflejan ó no en la propia necesidad.

Siendo, como es esto, una verdad innegable, está demostrado claramente que el egoismo, puede combatirse y puede vencerse.

Cuando el hombre en brazos de una esperanza celestial corre en medio de mil sufrimientos, comarcas desconocidas en busca de hermanos que redimir para otra vida.

Cuando, impulsado por una caridad acendrada comparte su pan con el menesteroso y sacrifica el bienestar de su vida en pro de sus semejantes desvalidos.

Cuando, llevado de una fé divina pierde la vida en los tormentos por defender su religión.

Cuando, en un debil bajel se lanza á merced de las olas y de los vientos en busca de mundos nuevos que echar en brazos de la civilización.

Cuando pone ante los ojos de la humanidad transmitidos al papel, ó por medio de la palabra el resultado de largas vigiliás, de dolorosas privaciones, de grandes estudios, para ilustración de sus semejantes. Cuando á la sombra de la bandera santa de la patria defiende la integridad nacional hasta derramar la última gota de sangre.

Cuando, en fin, se dedica á obras más modestas, pero siempre útiles, entonces el hombre cumple con la misión que Dios le confiara, en cuyo caso no obra impulsado por el egoismo.

Por el contrario, entonces el hombre ha sido santo ó héroe, sabio ó honrado; y por consiguiente, no ha podido ser egoísta; y no ha podido ser egoísta porque el egoismo es refractario á todas las virtudes.

El inmortal Colón descubriendo un nuevo mundo con asombro del viejo continente.

Daouz presentando en alas de su patriotismo el desnudo pecho á las bayonetas francesas.

Leseps rompiendo la barrera, al parecer insuperable, que separaba dos mares.

Los hijos decididos de la caridad y de la fé, los misioneros y los mártires de la religión y de la ciencia,

y tantos y tantos como se han sacrificado en aras de la humanidad, son una prueba irrecusable de que el egoismo puede ser reemplazado por la abnegación.

Probado ya que aquel no es ley que rige al hombre, quiero decir lo que es el egoismo.

Este, según su acepción más verdadera, es el immoderado y excesivo amor al bien propio, sin atender al bien de los demás, con lo cual queda dicho que el egoismo es el padre de todos los vicios y de todas las malas pasiones.

Es la atmósfera asfixiante que pesa como una plancha de plomo sobre la sociedad.

Es la rémora del perfeccionamiento moral, intelectual y material del hombre.

Es el engendrador de todas las guerras, de todos los retrocesos, de todas las discordias sociales.

Es la zizaña que mata la buena semilla.

Es como una losa de mármol que cubre el alma; sobre la que resbalan las lágrimas de la humanidad sin dejar huella ni rastro.

El vicio, en fin, pernicioso, bárbaro, feroz, inconcebible, antítesis de todo lo bello, de todo lo sublime, de todo lo grande.

El egoismo lo ejerce el sibarita que vive en el seno de los placeres, sin que le enternezcan jamás los ayes de la indigencia.

El mercader que levanta su fortuna por medio del fraude y el monopolio, sobre la ruina de los demás.

El usurero que, como el vampiro, medra extrayendo gota á gota la sangre de la humanidad, por que para el usurero la sangre de la humanidad es el oro, sin tener en cuenta que por cada quilate que absorbe hace derramar una lágrima.

El avaro que, frío é imposible á los ayes de sus hermanos, sepulta en sus ferradas gavetas tesoros sobre tesoros, bastantes si se pusieran en circulación, á hacer la felicidad de multitud de familias.

El perezoso, llamado tal vez por Dios al cultivo de una ciencia que habia de producir inmensos beneficios á la humanidad.

El ambicioso que, llamado á gobernar un pueblo aspira á engrandecer sus estados por medio de la guerra, sin tener en cuenta que va á sembrar el luto, la desolación y la muerte por donde quiera que estampe su fatídico paso.

El sacerdote que, abandona ó debilita el cumplimiento del sagrado ministerio, para el que fué ungi-do por el mismo Dios.

El literato que, no vacila en calumniar y ridiculizar las obras del hombre de genio, por temor de que se sobrepongan á las suyas.

El que comercia con la política, con la ciencia, con la religión, con el matrimonio, santa institución establecida por Dios mismo, con los sentimientos, en fin, más delicados del hombre.

Los hipócritas, los charlatanes que, mintiendo virtud, talento, moralidad y amor al hombre, explotan, saquean y corrompen á la sociedad por satisfacer sus necesidades, y á veces, que esto es más criminal, sus más pequeños caprichos.

Son en fin, egoístas todos los que por éste ó aquel medio aspiran á su engrandecimiento, á su bienestar, á seguir el curso de sus inclinaciones, con perjuicio de los demás hombres sus hermanos, elaborando el pedestal en que se elevan con el llanto amargo de sus semejantes.

El egoismo no es una ley que rige á la humanidad, como he dicho.

Si esto fuera, serían un mito todas las virtudes, y las virtudes no son un mito.

El egoismo; empero, es malo, criminal, grosero; es, gráficamente hablando, por una expiación de sí mismo, delito y al par castigo de la humanidad.

Para que la sociedad se salve, es preciso, estirpar de entre nosotros ese monstruo que devora todos los sentimientos delicados, todas las aspiraciones nobles y elevadas de la criatura: y un día entonces no lejano llegará el hombre, en su posible grado de perfección, á implantar la bandera de la civilización, triunfante ya en la meta del progreso.

Para conseguirlo hay un medio.

El ejercicio de la caridad cristiana, que para cada necesidad que aflige á la humanidad tiene un remedio heroico y cuyo ejercicio convierte en ángeles á los hombres.

FELIPE PLA.

### REMITIDO.

#### UN RECUERDO Á....

En tiempos pasados,  
Que fueron de rosa,  
Soñaba yo, hermosa,  
Ventura y placer  
Tus dulces hechizos,  
Tu pura inocencia  
Feliz mi existencia  
Pudieron hacer.

Hermosa adorada,  
Jamás en el mundo  
Tu dulce y profundo  
Amor aparté;  
Que todo en la vida  
Se tiene y alcanza,  
Si alienta esperanza;  
Si alumbra la fé.

Por eso el cariño  
Más puro y constante  
Aspira anhelante  
Mi fiel corazón;  
Que siempre tus ojos,  
Que son dos luceros,  
Me dan hechiceros  
Placer é ilusión.

De encanto y de dicha,  
Sin pena y dolores,  
Un cielo de amores,  
Brillante se ve:  
¡Aurora del alma  
De dulce consuelo!  
Sí; tú eres el cielo  
Que amante soñé.

ENRIQUE ROMERA.

El Sr. D. Carlos M.<sup>a</sup> Barberan se ha acercado á nosotros para rogarnos que aclaremos el párrafo de nuestra Revista anterior, que á su discurso se refiere. Lo hacemos con mucho gusto, exponiendo en primer lugar el tema que desarrolló, el cual es como sigue: *El principio de autoridad es una de las bases más firmes de toda sociedad bien organizada*; y manifestamos también, que jamás creimos que nuestras expresiones pudieran interpretarse en sentido desfavorable á las excelentes cualidades que á dicho Señor adornan; pues, únicamente (como fieles cronistas) fué nuestro intento consignar la impresión que hizo en algunos concurrentes por creer hallar en él tendencias políticas, si bien otros lo han juzgado de distinta manera. Sirvale igualmente de satisfacción lo que dejamos dicho al Sr. D. Alejandro Isaac del Castillo; deseando nos dispensen nuestros amigos, si no fuimos más explícitos en la última Revista.

E. P. DE T.

### ADVERTENCIA INTERESANTE.

En el número anterior apareció inserta una composición poética bajo el epígrafe *Acuerdate de mí*, cuya inserción se exigió con premura por el suscriptor y condeño de la anterior imprenta D. Rafael Campoy, al tiempo ya de cerrar el número. Dicha poesía fué publicada por su verdadero autor D. A. M. Dacarrete en la página 48 del Almanaque literario del Museo Universal de 1862. Ignoramos qué razones habrá tenido dicho suscriptor para poner su nombre al pie de una composición literaria conocida; pero la redacción del Ateneo se ve en el caso de hacer la aclaración conveniente, en obsequio del Sr. Dacarrete, de nuestro periódico, cuyo buen nombre estimamos en mucho, y de los lectores á quienes rogamos nos dispensen este lamentable *quid pro quo* que por las circunstancias que hemos apuntado al principio y otras que callamos, no ha estado en nuestras manos evitar.

LA REDACCION.

### LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Continúa esta notable publicación, dando pruebas del deseo que tiene de merecer la reputación de que goza. En el núm. 39 que acabamos de recibir, además de los hermosos dibujos que representan copias de *La muerte de Séneca, Santa Clara y San Jorge*, trae notables artículos de distinguidos escritores que nos permitimos recomendar por el gran mérito que tienen.

En el artículo que lleva por epígrafe «*Cuadros primitivos*» hay las dos erratas siguientes: 1.<sup>a</sup> en la página 42, primera columna, línea 40 donde dice *pintarlos* debe decir *pintarla*; y 2.<sup>a</sup> en la misma columna línea 58, donde dice *pretendía*, debe leerse *presentia*.

Solucion de la charada anterior: RESIDUO.

Lorca: Imp. de Romero y Alvatez. Caba 11.